

“Bukele no sirve a Dios, sino al Anticristo”. Por Slavoj Žižek.

Posted on Noviembre 27, 2026

Hace aproximadamente un año, mencioné en algunos textos a Nayib Bukele, el presidente de El Salvador; he aquí una cita que resume bien mi reflexión.

«Bukele ganó fácilmente un segundo mandato el 4 de febrero de 2024. ¿Cómo lo logró? Decidiendo entre seguridad y democracia: movilizó al ejército y ordenó el arresto de miles de presuntos miembros de pandillas, encarcelados en prisiones donde las condiciones de reclusión son espantosas. Lo nuevo y verdaderamente sorprendente de este procedimiento escandaloso es que el trato brutal e ilegal infligido a los presos no se oculta al público, sino que se exhibe abiertamente; el mensaje es claro: “Si te detienen, no tendrás ningún derecho fundamental, ¡sufrirás mucho más allá de lo que permite la ley!”»

Mi intención no era solo crítica. Quise comparar la eficacia de Bukele con la de los demócratas liberales y, en términos más amplios, con la de toda la gente de izquierda, que sacrifica cualquier posibilidad de resolver un problema urgente en aras del respeto absoluto de las reglas y del sistema.

Mi conclusión fue la siguiente: la izquierda necesita a su propio Bukele.

Imaginen mi sorpresa cuando supe, el 22 de noviembre de 2026, que Bukele me había respondido en persona, con un breve comentario que parte de la derecha aclamó de inmediato como un modelo a seguir:

el arte de aniquilar a un izquierdista en una sola frase.

Esta es, pues, la respuesta que publicó en X desde su cuenta (donde aparece el sello presidencial oficial):

«*Lo que Žižek realmente no entiende es que no soy ni de izquierda ni de derecha. Estoy por encima de esas etiquetas que nacieron de la distribución de los asientos en la Asamblea Nacional francesa durante la Revolución. Soy un hombre de Dios. Sus pequeñas etiquetas políticas no pueden encadenarme*».

Mi primera reacción, por supuesto, fue pensar que Bukele bromeaba, o al menos usaba la ironía, al autodenominarse «hombre de Dios», como cuando se proclama «el dictador más cool del mundo» o «rey-filósofo». Pero enseguida comprendí que la forma en que él interpreta esa frase no tiene ninguna importancia. Lo que importa es cómo funciona en nuestro espacio sociopolítico.

En este punto, la respuesta es clara: si actúo como un hombre de Dios, me sitúo por encima de toda ley y de toda restricción legal. Por lo tanto, puedo hacer lo que quiera, utilizar todos los medios a mi alcance, porque Dios mismo actúa a través de mí.

De hecho, ¿por qué debería limitarme la ley si la Causa Suprema —es decir, Dios— me respalda?

La fuente oculta de una convergencia en el continente americano

Esta ausencia de restricciones no solo legitima los actos de brutalidad espectaculares. También autoriza los acuerdos ilegales y pragmáticos celebrados a puerta cerrada. Tres meses después de su regreso a la Casa Blanca en 2025, cuando acababa de lanzar una amplia ofensiva contra la inmigración, Donald Trump recibió allí al presidente de El Salvador. Los dos hombres llegaron a un acuerdo. Bukele abrió las puertas del CECOT, la inmensa y ahora tristemente famosa prisión salvadoreña, a aviones llenos de personas deportadas, en su mayoría venezolanas. La administración estadounidense las había detenido y acusado de pertenecer a pandillas.

Investigaciones periodísticas posteriores revelaron que la mayoría de esos hombres no habían sido condenados penalmente en Estados Unidos y que no se había podido establecer ningún vínculo con una pandilla.

A cambio, Estados Unidos se comprometió a no indagar demasiado en todo aquello que contradijera la imagen de un Bukele intransigente con las pandillas. Sin embargo, existía un pacto entre Bukele y las pandillas, y es ese pacto el que explica en gran parte la espectacular caída de la tasa de homicidios en El Salvador. Por supuesto, este pacto también tenía un componente electoral: las pandillas debían, entre otras cosas, asegurarse de que los habitantes de los barrios que controlaban votaran por Bukele.

Despolitizar para reinar

Ser un hombre de Dios (y actuar como tal) significa también situarse, por definición, fuera del ámbito político con sus «pequeñas etiquetas políticas». Es situarse en un nivel más fundamental: el de la religión y el patriotismo, que no exigen ningún debate, sino disciplina militar.

Bukele no tiene nada de original en este sentido: solo retoma la estrategia clásica de la derecha que consiste en despolitizar el debate. Por mencionar solo a uno de sus numerosos predecesores, recordemos esa famosa y sarcástica frase atribuida a Francisco Franco: «*Haga usted como yo, no se meta en política*».

Aunque gobernó España con mano de hierro desde 1939 hasta su muerte en 1975, se dice que Franco solía dar este consejo a los ministros, a los directores de periódicos y a los oficiales del ejército que se quejaban de las luchas internas, las presiones de las facciones o las críticas de la opinión pública.

De hecho, Franco consideraba que la política de partidos, propia de las democracias, era un factor de caos, división y destrucción. Además, reprochaba a los políticos ser responsables de la inestabilidad que había conducido a la Guerra Civil española. Al instar a sus subordinados a no inmiscuirse en la política, presentaba su propio poder no como una empresa política, sino como un deber patriótico y militar: mantener el orden y la unidad nacional.

El callejón sin salida de la derecha apolítica

Cabe hacer una observación teórica de fondo. El rasgo esencial de la división entre izquierda y derecha que se le escapa a Bukele es que no existe ningún espacio neutral desde el cual definir estos dos términos. Esto también significa que no hay un «exterior» a esta división; en otras palabras, cualquier definición que se le dé es en sí misma de izquierda o de derecha.

Ya en el plano formal, proclamarse apolítico es un gesto de derecha: se rechaza a la izquierda como una fuerza externa que perturba la armonía social al introducir en ella disputas «políticas». La izquierda es, por el contrario, siempre una toma de posición parcial: para ella, el espacio social es, por definición, político, constituido por antagonismos y luchas.

¿No coincidimos aquí, de manera inesperada, con la afirmación del físico Jonathan Oppenheim de que el punto de vista de la totalidad es estúpido, mientras que todo conocimiento verdadero se adquiere a partir de una posición particular?

La derecha, que se presenta como la voz de la totalidad incluso antes de que intervengan las divisiones políticas, sabe menos que nada. La izquierda, por su parte, adopta un punto de vista particular y

comprometido; por eso sabe demasiado. La totalidad es estúpida; para saber, hay que ser parcial.

Para ocultar este hecho, la derecha apolítica desacredita a sus adversarios con términos de gran brutalidad. A los ojos de Javier Milei, una versión más liberal de Bukele, «los izquierdistas» no son solo imbéciles que no entienden nada de la vida real. Llegó incluso a calificar al papa Francisco de «sucio izquierdista».

(Por cierto, yo mismo soy objeto constantemente del mismo rechazo en Eslovenia, mi país, donde me han calificado, junto con un exprimer ministro, de «caso psiquiátrico de manual»…)

Es en este sentido que he observado —no sin ironía— que la política de Bukele funciona en la práctica, pero no en la teoría. Por lo tanto, no defiendo que Bukele tenga una ignorancia delirante de la realidad; simplemente constato que, si bien sus acciones brutales han dado resultados inmediatos, un análisis teórico más profundo muestra claramente que sus consecuencias a largo plazo serán mucho más ambiguas y probablemente conducirán a la catástrofe.

Queda una pregunta inevitable y no quiero eludirla.

¿A qué Dios sirve Bukele cuando se autodenomina «hombre de Dios»? Ciertamente no es el Dios de los cristianos. Bukele es un pagano obsceno para quien el cristianismo no es más que una máscara: una figura del Anticristo, al igual que Peter Thiel, quien pretende combatirlo cuando él mismo es una encarnación un poco más sutil.

Slavoj Žižek. Filósofo esloveno de renombre mundial que colabora habitualmente en la prensa. Influenciado por Marx y Lacan, ha desarrollado una reflexión original en la encrucijada entre la cultura pop y la metafísica. Es autor, entre otras obras, de Vivir el fin de los tiempos (Flammarion, 2011) y de *La nueva lucha de clases* (Fayard, 2016), así como de un gran número de libros que abordan, desde una perspectiva siempre dialéctica, temas tan variados como la historia, la ideología y la naturaleza del comunismo, el capitalismo, el cine, el psicoanálisis o incluso la crisis del Covid.

El Maipo/El Gran Continente.